

Aportes jesuitas en el desarrollo de la etnobotánica en el Nuevo Reino de Granada: reconociendo nuevas sabidurías⁵¹

Diego Agudelo Grajales⁵²

El presente artículo es producto de una investigación que se propone, entre otras, revisar el marco de las tradiciones ancestrales de las comunidades indígenas, afros y campesinas en torno al conocimiento y uso de las plantas como medicinas para curar no sólo los males del cuerpo (enfermedades), sino también los que tienen que ver con los sentimientos y las emociones buscando el equilibrio y la armonía con la naturaleza, con la tierra, con la flora como parte de una cosmovisión integral del ser humano. El contexto de análisis de estas tradiciones se han definido, como lo plantea el título a partir de los escritos de los cronistas, especialmente, los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada, lo que supone una limitación en la perspectiva, pero igualmente unas posibilidades que es donde se buscará hacer más énfasis.

⁵¹ El presente artículo hace parte de un proyecto de investigación “Curar con plantas: desde las estéticas y las sabidurías emergentes” del grupo de investigación De Humanitate, de la Pontificia Universidad Javeriana, Cali; vigente en el 2013, desarrollado en conjunto con la profesora Florencia Mora

⁵² Diego Agudelo, Doctor en Teología. Profesor de tiempo del departamento de Humanidades, director del grupo de investigación De Humanitate, Pontificia Universidad Javeriana Cali. dagudelo@javerianacali.edu.co

La metodología de análisis es, en su fase inicial, la indagación bibliográfica buscando en lo posible las fuentes primarias, no archivísticas, sino literarias que están siendo reeditadas algunas de ellas y recuperadas otras a partir de estudios transversales financiados por el Banco de la República o por la Pontificia Universidad Javeriana, en asocio con otras universidades de la Compañía de Jesús en otros países latinoamericanos. En su segunda fase, se hace un análisis hermenéutico identificando los aspectos polisémicos de esas crónicas en relación con las prácticas sociales históricas, e imaginarios indígenas, en su gran mayoría, descritos por el cronista desde su experiencia real o virtual con las comunidades que habitaban este territorio del Nuevo Reino de Granada, y más precisamente el espacio geográfico de Santafé y los Llanos Orientales en el recorrido del río Orinoco.

El desarrollo este trabajo tiene cinco partes: una primera, de contextualización espacial y temporal del período de la conquista y la presencia de la comunidad jesuita; seguida de una valoración de lo que significó la empresa misionera jesuita a lo largo del río Orinoco luego, se relaciona esa particularidad de la presencia jesuita y el desarrollo de las Ciencias Naturales, especialmente de la Botánica; posteriormente, se presentan estas crónicas a partir de la obra el *Orinoco ilustrado*, y finalmente, algunas descripciones de las crónicas en relación con las curaciones con plantas, aprendidas de los indígenas.

Contexto del período de la Conquista

El período de conquista de España sobre los territorios de América no fue sólo militar, sino también religiosa; tampoco fue un proceso discreto, sino una realidad violenta en la que confluyeron varios aspectos que la hicieron compleja, por un lado las diferencias en las cosmovisiones, seguido



de los intereses y codicia de unos como las prácticas de antropofagia de algunas tribus, o de respeto con la naturaleza de otras, y podemos seguir conteniendo las tensiones con otros aspectos y en todos vamos a encontrar que se trataba de dos mundos distantes, diversos y que de forma violenta es confrontada, pues no puede negarse, a pesar del peligro del anacronismo histórico, que hubo invasión de los unos buscando usurpar toda la riqueza de estas tierras, sabiendo que sus propios territorios carecen de riqueza o de oportunidad para estos conquistadores.⁵³

En este contexto la importancia de las misiones y el modelo de adoctrinamiento de indígenas es definitivo, pues se refuerza con discursos dominantes en las Crónicas y en las prácticas de adoctrinamiento no sólo desde el nivel formal de la enseñanza oral y memorística del catecismo, sino a través de las homilias y la utilización de las artes, rituales y celebraciones con el propósito de homogenizar una realidad culturalmente heterogénea. Esta evangelización, como puede llamarse desde el lugar de la institución de la Iglesia, además de buscar esa homogeneidad de las prácticas de la Iglesia Católica también se proponía controlar internamente el comportamiento de los sujetos y sus sentimientos (Llanos, 2007: 15).

Sobre los procesos de adoctrinamiento, a partir de las imágenes sagradas, está la obra de Héctor Llanos Vargas, quien además presenta un estado actual de estas investigaciones resaltando la obra del padre Juan Manuel Pacheco (1971), por sus proporciones y por su característica apologista de la labor de los sacerdotes y obispos en ese contexto; también resalta la obra de Mercedes López (2001) desde una perspectiva antropológica (Llanos, 2007: 14 cita 9). Específicamente en

⁵³ Quiere decir que entre los conquistadores están quienes poseen esa misión en nombre de los Reyes y son los que podemos identificar, algunos de ellos por sus nombres, como por el rango en esa empresa de navegación, pero también quienes son traídos para tener fuerza, pero que no representaban el reino, sino que son la lumpen de la sociedad y muchos otros que pertenecían a los oficios de las artes, la religión.



ese adoctrinamiento para que fuera exitoso, además de los engaños y los combates, se profanaron las personas, los lugares sagrados, sus códices, sus objetos rituales suplantando sus creencias por las de la Iglesia con los que se facilita su dominio cultural.

Un papel muy importante en este proceso de adoctrinamiento es el de los sermones, que de acuerdo con lo ordenado por el Concilio de Trento, los misioneros y doctrineros de los indígenas debían hacer sermones sin pretensiones literarias, persuadiendo desde el miedo, ante la salvación o la condenación del alma, el estímulo de las virtudes y el rechazo de los pecados. El otro tipo de sermones, por supuesto, tenían pretensiones de ser letradas para un ambiente eclesiástico y de clases alta y media, las cuales usaban la retórica y la oratoria para ser construidas en forma de texto con autoridad doctrinal a partir del uso de la Sagrada Escritura y las enseñanzas de los Padres de la Iglesia como fuentes (Llanos, 2007: 51-52).

En ese contexto, los jesuitas se destacaron con la prédica de las pasiones desde los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, en cuanto combinaban las dos formas de sermones, pues por un lado buscaban el adoctrinamiento en forma tradicional mediante las formas dramáticas de contar historias para provocar adhesiones y turbar emociones entre los adoctrinados, y por otro, conservaban el cuidado de la erudición, la retórica y la pedagogía para llevar al adoctrinado a vivir la experiencia de salvación en sí mismo y desear voluntariamente el amor y la presencia de Dios (2007: 57). Se destaca la obra del jesuita Juan de Ribero, *Theatro de el desengaño, en que se representan las verdades catholicas, con algunos avisos espirituales a los estados principales, conviene a saber, Clérigos, Religiosos, y Casados, Y en que se instruye a los mancebos solteros, para elegir con acierto su Estado, y para vivir en el interin en costumbres Christianas* (1742), en cuanto ésta fue un referente en la educación moral colonial, además de ser

una de las pocas obras editadas en ese tiempo en España, constituyéndose en un mérito, pues el problema no solo es lo dispendioso que resultaba publicarlo, sino también el hecho de que en la Nueva Granada el uso de la imprenta fue tardía.⁵⁴

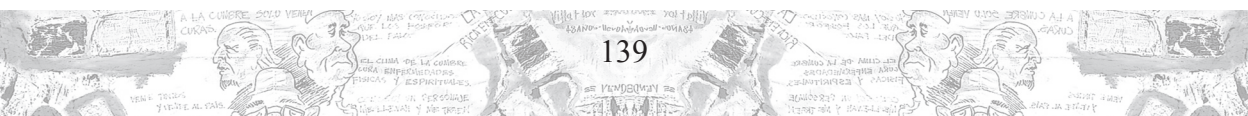
Así, lo llamativo de esos estilos de adoctrinamiento no es la originalidad, sino su eficacia entre las comunidades no letradas, y es en ese contexto donde los jesuitas de la universidad Javeriana de la Colonia empiezan a imponer un estilo académico en el Nuevo Reino de Granada, pues estudian la obra de Aristóteles, Santo Tomás y los autores de la Patrística, desde el sistema de la Escolástica, pero manteniendo esta tradición intentan articularla con las propuestas innovadoras de otros filósofos como Descartes, Bacon o Francisco Suárez. Se desatacaron jesuitas como Juan Martínez de Ripalda⁵⁵ y Denis Mesland,⁵⁶ éste último, quien a pesar de haber sido misionero, también estuvo vinculado a la universidad Javeriana y ejerció gran influencia en los pensadores pues mantuvo comunicación por correspondencia con Descartes antes de viajar a estas tierras.

En ese contexto académico se halla una obra atribuida al jesuita Mateo Mimbela, en 1755, en Santafé de Bogotá por parte de G. Marquínez y J. Del Rey Fajardo, titulada *Breve tratado del cielo y los astros*, pero que otro historiador como Pedro Nel Ramírez deja la obra con autor anónimo. Esta obra expone, en su primera parte, una *Metaphysica* de Aristóteles y, en la segunda, un tratado sobre el mundo físico y natural, destacando la presentación de los métodos de las Ciencias Físicas y de la Astronomía copernicana que se llamó *Physica speciales et curiosa*.

⁵⁴ Un interesante caracterización de esta obra se encuentra en Llanos Vargas, Héctor, *En el nombre del Padre, del Hijo y el Espíritu Santo. Adoctrinamiento de indígenas y religiosidades populares en el Nuevo Reino de Granada (siglos XVI- XVIII)*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2007.

⁵⁵ Marquínez, Germán, *Los principios de la intelección humana del M. javeriano Juan Martínez de Ripalda (1641-1707)*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1998.

⁵⁶ Rey Fajardo, José del -Marquínez, Germán, *Denis Mesland, amigo de Descartes y maestro javeriano (1615-1672)*, Pontificia Universidad Javeriana- Universidad Católica del Táchira, Bogotá, 2002.



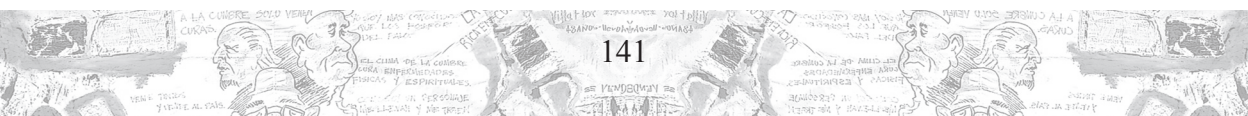
Este texto, que seguramente fue utilizado como “apuntes del profesor” para enseñar, muestra la apertura intelectual y la comprensión de una separación de la Filosofía de la Ciencia y de su independencia, alimentando en cierto modo el desarrollo de nuevos conocimientos y la aceptación, no total, del discurso moderno de la ciencia, pero sí se favoreció. Este panorama intelectual explica la influencia de la Iglesia y en particular de los jesuitas en el desarrollo de muchos campos y específicamente en las Ciencias Naturales es algo inocultable en la historia de Colombia; la explicación de esta influencia puede trazarse en grandes líneas categorizadas en dos frentes: el institucional y el estratégico. La presencia institucional de la Compañía de Jesús en Santafé de Bogotá, desde 1604, con la construcción del Colegio de Santafé, alrededor de la iglesia de San Ignacio, en Bogotá, luego denominado Colegio Máximo de la Provincia del Nuevo Reino de Granada; la segunda, es la creación del Real Colegio Mayor de San Bartolomé, y la tercera, la fundación de la Academia de San Francisco Javier (Pontificia Universidad Javeriana). Esta presencia se oficializa cuando se hace entrega de la Real Cédula (credenciales) a la Real Chancillería (Cancillería), el 27 de septiembre de 1604, autorizando la fundación de la obra en el Nuevo Reino de Granada y dando inicio a lo que sería una plataforma de influencia social, formación académica y divulgación científica en un espacio propio reconocido como la gran manzana jesuítica.

El frente no institucional, es circunstancial y estratégico, y sirve para explicar la gran influencia de los jesuitas en Colombia a su llegada como misioneros a Santafé de Bogotá, la cual coincide con el problema sobre la hispanización de las lenguas indígenas. Evidentemente, para los españoles representa un gran problema la diversidad de lenguas de los indígenas, pues implica un proceso demasiado lento para la empresa de dominación conquistadora. Felipe II ordena el establecimiento de enseñar el Castellano a los indígenas, en 1580 (López, 1995:5), y unos años después (1586), las

Órdenes Religiosas desde España envían a sus misioneros a cumplir este encargo, de modo que se pudiera concretar ese programa lingüístico español en beneficio de los intereses conquistadores de España (Lee, 1964:196). Los jesuitas, sin embargo, acogen la orden Real pero poniendo el empeño en no permitir que se perdieran sus lenguas en ese aprendizaje de otra lengua, de modo que se funda la Escuela de Lenguas de Cajicá, a cargo del padre jesuita Juan Bautista Coluccini; así como la Cátedra de Lengua Chibcha, en los inicios de los estudios de Filosofía y Teología, luego Universidad Javeriana (Fajardo, 1998:19). Producto de todo este interés e institucionalización de las lenguas indígenas quedó el Diccionario y Gramática Chibcha, del padre jesuita José Dadey (González de Pérez, 1987).

Esto significó que algunos jesuitas aprendieran las lenguas indígenas al tiempo que recibieron reconocimiento y aceptación en esas comunidades, facilitando la evangelización; pero estas comunidades poco a poco se veían diezmadas en su número por la violencia del proyecto conquistador, afectando la identidad indígena y el proyecto jesuita de defensa de la lengua, reduciéndose este proyecto a Santafé y a Fontibón (Fajardo, 1998: 20). Tres décadas después los misioneros jesuitas se adentran por el río Casanare a los espacio inhóspitos, pero llenos de vitalidad como lo son la Orinoquía con sus diversas “naciones”, etnias y lenguas. Allí aprenden de su historia, sus mitos, sus cantos, sus bailes, sus formas de ser y estar en el mundo desde sus prácticas de curación con las plantas y sus costumbres.

En el lenguaje de jurisdicción eclesiástica estas misiones se realizan en la Provincia del Nuevo Reino de Granada. Esta Provincia, según el concepto jesuítico, comprendía desde Quito y se agregaba a las ciudades de Popayán, Pasto, Buga y Cali. Como parte de esta unidad geográfica están las actuales naciones de Venezuela y República Dominicana pues a pesar de la actual distancia territorial con Cartagena y Bogotá, siguen la ruta del río Magdalena.



Es importante aclarar que la referencia a las naciones que componen la Orinoquía, pues el mapa etnográfico llanero de las misiones de los jesuitas está compuesta por varias naciones, entendidas éstas como a los hablantes de una misma lengua, como anota el padre Cassani:

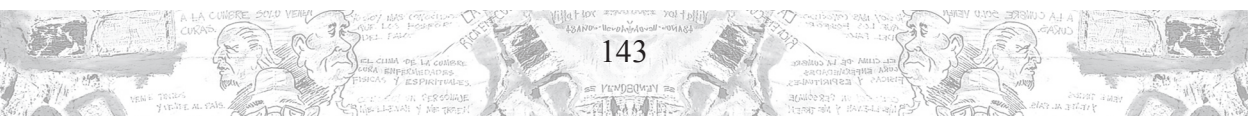
“El primer cuidado de todos fue hacerse dueños de la lengua, porque aunque sabían bien la Mosca, que es como general en extendidísima parte de aquel territorio, en cada nación la hablan de distinta manera; y aún en esto, más que en otra casa, se distinguen las Naciones, porque los que hablan una misma lengua, comercian entre si y se irán como distintos de los otros; y como aquel campo todo es libre, los límites mas los tienen en la boca que en el terreno. Lograron los Padres su trabajo anterior, porque como en la realidad estas lenguas mas era dialectos de la Mosca que distintas lenguas, en breve tiempo se pusieron en todas ellas, y las hablaban con los indios todas, hablando cada uno en su lengua, aunque era menester para eso un perpetuo cuidado y viva la memoria porque en las poblaciones se juntaban de distintas naciones, Tunebos, Morcotes. Guacicos, Chitas y otras... (Cassani, 1741. 98-99).

Una descripción de la ubicación y las características generales de algunas de estas naciones es traída por el historiador jesuita José del Rey Fajardo, a partir de obras como la *Historia de las misiones de los Llanos de Casanare y de los ríos Orinoco y Meta* del jesuita Juan Rivero (1956); la obra de Felipe Salvador Gilij *Ensayo de Historia de Americana* (1956), y la de Pedro de Mercado, entre otras. Entre esas naciones, los Sálivas serán claves para el desarrollo misional de los jesuitas en la Orinoquía, pues se constituye en la entrada a toda la región y el lugar donde se hace una plataforma de envío y encuentro hasta el punto de descubrir el Airico o Barragua de los Betoyes, llamada Macaguane y el Gran Airico de los Achaguas. Airico significa Montaña grande en la lengua de los Achaguas (Arellano, 1987:423).

El conocimiento de los jesuitas a partir del encuentro con esta nación será fundamental para conocer su mundo indígena, sus concepciones, sus modos, sus ritmos y su sabiduría en torno a las plantas, que si bien son diferentes las naciones en su ubicación y lengua, hay una experiencia común de encuentro con la tierra, la fauna y, por supuesto, la flora. El escrito del padre Gaspar Beck *Missio orinocensis in novo Regno* (1684) presenta todo este aprendizaje descrito a grandes rasgos y en el cual se resalta el papel de los chamanes o shamanes en la comunidad.

Así, estas fuentes de los escritos de los propios autores, que sin ser científicos de oficio, sino misioneros, serán claves en el interés que se convoca en este estudio, pues habían desarrollado cierta sutileza y capacidad de observación escribiendo sus vivencias en forma de crónicas consignadas a partir de los “Diarios”. Esto se verá claramente más adelante con la obra del padre J. Gumilla *El Orinoco ilustrado*. Una obra escrita en España, en 1741, a partir de sus vivencias, observaciones y aprendizajes en estas nuevas tierras en contacto con la sabiduría de los indígenas y con sus formas y costumbre (aunque la obra que referenciamos sea de 1791). Para esta fecha, se había dado la expulsión de los jesuitas del Nuevo Reino, lo cual explica por que fue escrita en España.

Dentro de la Compañía de Jesús se ha trabajado este género literario de los “Diarios”, importante para la memoria histórica. Estos documentos resultan de la exigencia hecha a cada casa de jesuitas de elaborar una “historia domus”, es decir, un informe general de toda la Provincia, llamada “Cartas Annuas”, manteniendo viva y en permanente evaluación la historia y sus hechos. Así, en la época del exilio –por ejemplo– los jesuitas conservaron esos manuscritos como memoria que luego se convirtió en la base para la reconstrucción de la historiografía jesuítica en el exilio; la obra del P. Manuel Luengo es la referencia obligatoria de esta época



(Fajardo, 2006: 45). Hoy sigue siendo una tradición hacer este balance anual en las obras jesuitas.

Dentro de esos modos particulares en que los miembros de la Compañía de Jesús hacían presencia y dejaban memoria de sus saberes y experiencias también estaban las Cartas Necrológicas que consistían en las historias de vida de cada jesuita, escritas después de su muerte, a cargo de algunos de los jesuitas que más conservaban datos específicos del fallecido;⁵⁷ otra forma de recoger la memoria es mediante las biografías de jesuitas ilustres, algunas de ellas están en la *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús*, del padre Pedro de Mercado, primer historiador jesuita en Castellano. Una obra escrita en 1696, pero su manuscrito permaneció inédito hasta 1957, cuando se presenta en cuatro volúmenes.

Evidentemente, si tomamos el tiempo neogranadino de estas fuentes, llama la atención la riqueza pletórica y el lenguaje barroco, mirado con cierta desconfianza de valor literario; sin embargo, para el historiador esas Cartas, Diarios y Crónicas constituyen una fuente muy valiosa para comprender dinámicas, personalidades y modos propios de relación en una época específica que van más allá de los hitos reconocidos por la historia, pues cuando se acude a las descripciones de los cronistas, de los Diarios de los misioneros, además de mostrar el mundo del que nos hablan, nos indican lo que ellos mismo son y desean. Sobre ese predominio del lenguaje maravilloso de los cronistas, lo interesante es, como lo apunta Jacques Le Goff, que en los siglos XIV- XV está presente en lo literario y en el arte de modo cercano a la vida corriente, es decir pertenece a la realidad (Le Goff, 1985:10-12). En ese lenguaje imaginativo y fantasioso, también está presente la utopía, que nace de esa confrontación entre el

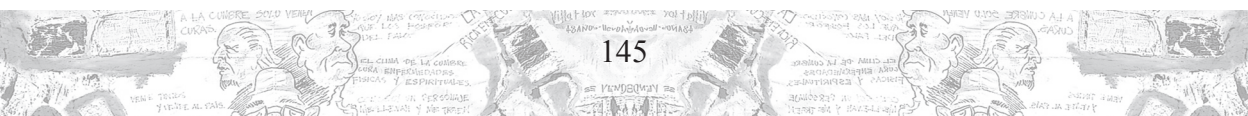
⁵⁷ Se conservan en la actualidad ochenta y nueve Necrologías, la mayoría de ellas de la Provincia del Nuevo Reino, en el Colegio de Mérida, Venezuela (Gómez-Bernal, 2008:20).

imaginario europeo y el Nuevo Mundo, registrado por los cronistas como mejor porque está lleno de esperanza y anhelo recurriendo a la mística como su forma de conciliar su espiritualidad y su imaginación, su verdad y su ser (Cabarcas, 1994:47).

Varias dificultades surgen del ejercicio de recoger la producción bibliográfica jesuita pues, como se había anotado antes, la introducción de la imprenta por parte de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada se da en 1737, y será un año después el inicio de la producción a este nivel; por eso, lo que se conserva de esta época son manuscritos.

Otra dificultad es el hecho de que los jesuitas fueron expulsados de las colonias de España y muchos de los documentos se perdieron en manos de los regidores, quizás por considerarlos intrascendentes, como ocurrió con las cartas necrológicas. Un aspecto adicional es el de las revisiones y control de las autoridades eclesiásticas para permitir que fuese público algún escrito, es decir, hubo censura o revisión tal como acontece hoy día a través de un *nihil obstat* en el sentido de aprobación oficial para su publicación.

Ciertamente, muchos de los escritos no gozan de un sitio en el exclusivo mundo intelectual de las grandes bibliotecas, pero eso no significa que no hayan realizado aportes significativos para correr las fronteras de la ciencia y el conocimiento a partir de estas nuevas y alejadas tierras (Fajardo, 2006). Para desarrollar este tipo de investigaciones relativas a la participación de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada puede revisarse la información minuciosa de archivos elaborada por José del Rey Fajardo como: *Misiones jesuíticas en la Orinoquia*, tomo I (1992); *Catedráticos jesuitas de la Javeriana colonial* (2002); *Los jesuitas en Cartagena de Indias 1604-1767* (2004); *Jesuitas, libros y política en el Real Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé* (2004); *Bio-bibliografía de los*



jesuitas en la Venezuela colonial (1995); *Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos* (2006^a); *Los jesuitas en Venezuela*, tomo I Fuentes (2006); *Precursores de la “Sociedad del Conocimiento” en la Javeriana Colonial* (2010). Otros autores importantes son: José Luis Sáez, con *Los jesuitas en el Caribe insular de habla castellana 1575-1767* (1997) y Juan Manuel Pacheco, quien trabaja sobre la vida de los jesuitas expulsados de la Provincia, llamada *Los jesuitas de la Provincia del Nuevo Reino de Granada expulsados en 1767* (1953). Otras obras recogen la participación de los jesuitas de otros países como Alemania, Francia, Bélgica, Italia, Austria, Inglaterra, República Checa en las misiones de América (Fajardo, 2006: 196-199).

La valoración de las misiones jesuitas

Los misioneros jesuitas provenientes de España traen una concepción cultural occidental, donde la nueva realidad encontrada y las nuevas sensaciones generadas se designa con la expresión *alter*, en el sentido no de otro, sino de lo otro, de oposición, Por eso, los cronistas expresan el estar en otro mundo, un nuevo mundo, *alter mundus*, distinto y opuesto (Kappler, 1986:58s). También hay otros ritmos que en principio no comprenden, pero que después acogen positivamente.

El encantamiento y el asombro exuberante de esa naturaleza con que se encuentran, en el Nuevo Mundo, los cronistas da lugar al lenguaje de lo fantástico y a correr las fronteras de la imaginación pues la prevalencia de la mirada del español y su mundo en el contexto de la Edad Media es estática en el sentido de estar ya dado como existente y pretendiendo ser presentado en correspondencia desde sus propias concepciones. Esto es, que el Mundo Nuevo, a pesar de aportar una realidad natural nueva, muchos cronistas no podían descentrarse de sus propias concepciones y,

por lo tanto, hacían corresponder esa nueva realidad con la que ya tenían. Esto es lo que H. Cabarcas recoge de la opinión de L. Olschki: “el paisaje de Haití, como lo vio Colón, era la realización del esquema literario que el Dante había bebido en una extensa tradición literaria, transformándolo en su fantasía y en su estilo” (Cabarcas, 1994:44).

Esta tierra de misión de la Orinoquía tiene dos premisas fundamentales de carácter jurídica internacional: la primera, es el Tratado de Tordesillas (1494), como un acuerdo entre los reyes de Portugal y de Castilla para delimitar las zonas de expansión de España y Portugal en el Atlántico, situado en un meridiano a 370 leguas al Oeste de las islas del Cabo; la segunda, es el “Mare Liberum” de Grocio que declaraba sobre los derechos universales del libre comercio y navegación.

Estas dos situaciones afectarán en forma definitiva las empresas misioneras porque estos límites nunca coincidirán con la frontera zonal y dejará amplios territorios fronterizos como territorio de nadie, y donde se practicaba todo tipo de comercio prohibido y peligroso permitiendo además la emigración e inmigración clandestina no sólo de esclavos, sino el favorecimiento de bandoleros y aventureros (Fajardo, 1998:47-48), que a lo largo del río Orinoco creaban una red de tráfico ilegal con los holandeses, especialmente (Fajardo, 1998:50).

El apoyo jesuita hay que entenderlo dentro de un marco de aportes realizados en la Provincia y después Capitanía General de Venezuela por parte de las otras órdenes religiosas en ese contexto de dominación de la Corona de España, como son los franciscanos, agustinos, dominicos, jesuitas, capuchinos y mercedarios, de cada una de ellas se puede encontrar información. En este caso, se apela a las referencias catorce y diecinueve del libro *Los Jesuitas en Venezuela*, correspondiente al tomo I Las Fuentes de José del Rey Fajardo (2006).



Respecto a la presencia de los jesuitas en Venezuela se explica por ser una estrategia político religiosa y representaba tres ofertas muy importantes como Orden religiosa: “La primera, contemplaba la educación de la juventud en los centros urbanos ya establecidos por medio de las instituciones docentes de Gramática y Humanidades, así como también de los niveles universitarios. La segunda, miraba a los indígenas inmersos en las grandes selvas y en los espacios profundos del continente y aparecía respaldada por los éxitos logrados en las reducciones del Paraguay. La tercera, la constituían las misiones circulares, vale decir, la presencia circunstancial de jesuitas que predicaban un proyecto de vida cristiana allí donde hubiera españoles que deseaban vivir de acuerdo con una moral exigente” (Fajardo, 2006:8).

Hubo varios intentos de penetrar este territorio de Venezuela, tres de ellos desde el Nuevo Reino de Granada y el otro por las islas del Caribe. La visualización de orientar las misiones hacia los Llanos y el Orinoco era muy importante porque significaba estar cerca y en forma casi directa a las decisiones administrativas y judiciales de la Isla de Santo Domingo, donde quedaba la sede de la Audiencia y el Arzobispado Metropolitano, a la cual donde pertenecía Venezuela (Fajardo, 2006:10).

Esa presencia de los jesuitas es clave para bloquear el avance portugués ajeno a Tordesillas, iniciando esas misiones en el alto Orinoco y pasando por Mainas, Mojos, Chiquitos y el Paraguay (Fajardo, 1992:34-56, 65-83).

Incursionar en los Llanos y la Orinoquía no fue tarea fácil como puede suponerse y en cierto modo el nivel de conflictividad, complejidad y de diversidad, sin contar el carácter selvático, humedad e inhospitalidad de esas tierras. Se contaba a favor el ímpetu de una comunidad jesuita, todavía formando su identidad desde la espiritualidad ignaciana y sirviéndose de

los Ejercicios Espirituales del fundador para influir en la sociedad, pero, en especial, desde el lugar del conocimiento proponiendo un sistema innovador, anticipando la transformación social del conocimiento.

Esa novedad implicó que estuvieran envueltos en muchas polémicas intelectuales y que se creara un imaginario antijesuita en forma paralela a esos logros en la sociedad que se dibuja en la carta de José Francisco Isla a un amigo, cuando comenta la expulsión de los jesuitas en Francia, en 1762, en la novela Fray Gerundio de Campazas:

Antes de ayer salí de los Ejercicios anuales, durante los cuales he considerado despacio el fin particular para el cual nos llamó Dios a la Compañía, que fue (a juicio de los Monsieurs del Parlamento de París): para asesinar Príncipes, poignarder Reyes, degollar Emperadores, evacuar bolsas, sobornar herencias, sembrar herejías, corromper el evangelio, sacudir el yo de toda sujeción, empujar las almas al infierno, hacernos dueños del mundo, y burlarnos de Dios y de los hombres (Fajardo, 2006: 21).

El desarrollo de las ciencias y los jesuitas

En relación con el desarrollo en el campo de las Ciencias Naturales, hay que tener en cuenta que la descripción de la naturaleza como un sistema tuvo lugar a partir del Siglo XVIII mediante el *Systema plantarum Europae* (1735) y luego, el *Systema naturae* (1758). Ambas obras de Carl Linneo tienen taxonomías de herbolarios y de especies de animales como un sistema estático atravesado por una cosmovisión religiosa *ex nihilo* de la creación, que será referencia para los planteamientos de las teorías de la *Evolución de las especies* y el *árbol monofilético de los organismos*, años después, por parte de Darwin, Haeckel, Russell Wallace (Gómez-Bernal, 2008:123).

Ahora bien, mientras se producía esta especie de compendio general de las especies conocidas en Europa, se escribían en España otras obras, pero basadas en las experiencias y observación de nuevas especies en la fauna y la flora de los nuevos territorios, realizada por los misioneros, entre los que destacaremos a los jesuitas a partir de sus cronologías.

No podían escapar como cronistas del Nuevo Reino de Granada de la tradición de los bestiarios como paradigma literario para hablar de la naturaleza de este Nuevo Mundo, pero llenando el relato con la fascinación y el asombro, y no pocas veces, el miedo. Estos, los bestiarios, corresponden a una disposición mental que trasciende y busca resaltar los ejemplos que los animales ofrecen a los hombres esperando tener mejor comprensión del misterio de Dios en la creación. El texto de san Pablo revela esa búsqueda: “Lo que hoy es y que no podemos ver ha pasado a ser visible gracias a la creación del universo, y por sus obras captamos algo de su eternidad, de su poder y de su divinidad” (Rom 1, 20).

Entre los aportes de los jesuitas del Nuevo Reino de Granada, al desarrollo de las Ciencias Naturales, se destaca su estilo particular y diferente de registrar los hallazgos y observaciones naturales pues las formas de describir estaban marcada por una ilustración fantástica en contraste con el modelo de descripción de estos jesuitas José de Acosta, Sandoval, Rivero y Gumilla, quienes siendo de carácter cronista intentaron plasmar fielmente lo observado, evitando integrar el imaginario fantástico en sus relatos, lo que no es fácil de lograr. Esto es lo que muestra la obra *Bestiario de la Nueva Granada: la imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana* de Hernando Cabarcas Antequera, destacando a José de Acosta, como quien reconoce:

...la imposibilidad de relatar todas las frutas y árboles de Indias, subraya que es cosa admirable ver tantas diferencias de hechuras y gustos y operaciones



no conocidas ni oídas en el mundo, antes que se descubrieran las Indias, de las que Plinio y Dioscórides y Teofrasto, y los más curiosos, ninguna noticia alcanzaron con toda su diligencia y curiosidad. Después de este preámbulo, Acosta remite a tratados y manuales sobre plantas de Indias, a quienes deseen tener ‘mas cumplido conocimiento de estas materias’ (Cabarcas, 1994: 164).

Y continúa su escrito sobre el padre Acosta con una referencia a las plantas medicinales, o mejor al uso de las plantas para curar:

No obstante, estima que, a pesar de ser su escritura ‘sumaria y superficial’, no puede pasar en silencio los cocos o palmas de Indias, por ser notable su propiedad, que consiste en echar con cada luna un racimo nuevo de un fruto también llamado coco. De éstos hacen vasos para beber que sirven contra los venenos. Cuando están en el árbol tienen dentro una leche que refresca en tiempo de calor. Cierra esta información el padre Acosta dando noticia de un género de cocos que tienen en su interior muchas almendras, como están los granos en la granada (Cabarcas; 1994:164-165).

Esta diferencia también la presenta el mismo J. Gumilla, como criterio de valoración de su Historia previniendo:

...á los que miran como fábulas las realidades del Mundo Nuevo, con la noticia cierta de que están muy bien correspondidos, por otro gran numero de Americanos, que con tanta impericia y ceguedad, miden con la misma vara torcida las noticias de la Europa, con que acá miden estos deslumbrados las que vienen de las Américas. Es cierto que la notable distancia no solo desfigura lo verdadero, sino también suele dar visos de verdad á lo que es falso(a); pero la prudencia dicta, que antes de formar juicio decisivo, se haga madura reflexión sobre la persona que da la tal noticia (Gumilla, 1791:VIII).

Se trataba de descripciones precientíficas sin taxonomías; recordamos que este aporte es el que realiza Linneo, en el Siglo XVIII,



por tanto, no tenían un patrón a seguir ni un punto de partida reconocido y por eso apelaban al modelo que circulaba entre ellos y que reconocían como válido para dar cuenta lo que se encontraban, es decir, utilizaban los Diarios. Estos aportes no sólo son muy similares a los actuales, sino que han servido como base para conocer la biogeografía de las distintas especies presentes, así como el uso medicina de la Botánica indígena.

En ese sentido la visión simbólica de la naturaleza difundida mediante los bestiarios y las “historias naturales” describían ese Nuevo Mundo como un paraíso terrenal, lo que generó desconfianza y admiración, al mismo tiempo, de los que están en Europa. Desconfianza, pues el paradigma vigente está centrado en el hombre en su dimensión cultural, moral y religiosa a partir de lo reconocido como existente; de admiración, en cuanto reaviva esa experiencia de epifanía de la Providencia en la naturaleza, lo que significa recuperar el sentido de la vida sobrenatural propia de un modelo narrativo, sapiencial y poético (Cabarcas, 1994:45).

Las crónicas del *Orinoco ilustrado* sobre la Botánica

El mayor aporte en términos de crónicas durante el período de neogranadino es el del padre Joseph Gumilla, S.J, con su obra *Historia natural, civil y geográfica de las naciones situadas en las riveras del río Orinoco* (1791), desde su prólogo plantea aspectos interesantes antes que muchos otros jesuitas que lo han antecedido en este tipo de historia, pues describen desde sus misiones lo concerniente a lo natural, lo civil y geográfico, así como algunos en misión en estas tierras:

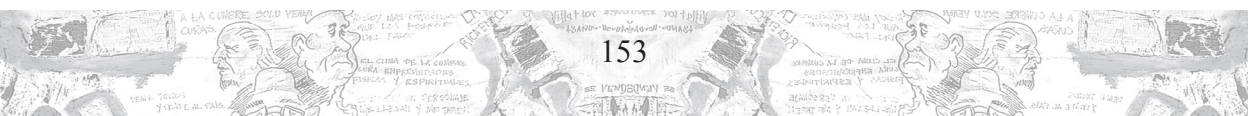
...fin á que miró el P. Antonio Ruiz de Montoya, para dar á luz la *Conquista Espiritual* de las gloriosas Misiones del Paraguay, y el P. Andrés Perez

de Ribas los Triunfos de la Fe, conseguidos en la Nueva- España por los Misioneros de Cinalóa, Topia y otros Partidos: los Padres Combes, Colín y Rodriguez en sus Historias de *Filipinas, Mindanao y Marañón*: el P. Nicolás Trigault, Misionero é Historiador del Nobilísimo Imperio de la China, y otros muchos jesuitas, que al estudiar lo Natural, Civil y Geográfico de sus respectivas Misiones nos dexáron de paso mucha enseñanza y mucha luz (Gumilla, 1791:IV).

El padre Gumilla, presenta además su método de trabajo consistente en seguir la huellas de sus antecesores, basándose en la observación sin mediación (de otras observaciones), a partir de la propia experiencia en todo lo que fuera posible y si en algún caso debía hacer referencia, sólo sería de “personas fidedignas, que citaré á su tiempo, con los demás Autores que apoyaren aquellas ó semejantes materias” (Gumilla, 1791: VII), por esto dice específicamente con anterioridad que tomará nota de:

...lo que ocurriere, y lo que ofreciere el contexto de la Historia: apartaré como tierra inútil, lo que hallare no ser conforme con la realidad de lo que tengo visto y experimentado, sea porque se han variado las cosas, ó alguna circunstancia de ellas, ó sea porque se han extinguido unas, ó introducido otras en su lugar, como acontece en los usos y costumbres, guerras ó paces, que se varían y dan vuelta al tiempo, á cuyo compás se mueven, y de cuya inconstancia participan (Gumilla, 1791: IV-V).

Un tercer aspecto que desde el proyecto de investigación *Curar con plantas* adquiere gran importancia es el de las curaciones a partir de las plantas: “notaré las enfermedades propias de aquellos países, y los remedios que al necesidad y la industria han descubierto en aquellos retiros: ni omitiré los antídotos que se han hallado eficaces contra las víboras y otros animales ponzoñosos, de que abunda todo aquel vasto terreno” (Gumilla, 1791:V) haciendo referencia, obviamente, a la región del Orinoco.



El texto del padre Gumilla presenta una advertencia a los lectores europeos, historiadores de oficio y eruditos, que descalifican las observaciones por cuanto la validación de la descripción es dada por el conocimiento que tienen de las especies en sus contextos y, por tanto, no están abiertos a descubrir esa riqueza que proporcionaban estas nuevas tierras:

...he experimentado y observado en Italia, Francia y España; en donde tratando de estas mismas materias con personas de notoria y calificada erudición, me han molestado con redarguciones, que no hicieran, si reflexionaran, que al paso que se varían los climas, se deben varia los frutos de la tierra, que les corresponden; y que aquí ni vale ni tiene fuerza la paridad. ¿Cómo es posible (me han replicado muchas veces) que en el Orinoco no haya trigo, vino, no ovejas, quando las Historias y los Prácticos de las Américas nos dicen, que en Chile, Paraguay, Lima y México hay abundancia de ello? Respondo, que si al mismo tiempo esos declarantes hubieran dicho ó escrito las excesivas distancias, que los Países nombrados tienen entre sí, y la notable variedad de climas que median entre unos y otros extremos, no hubieran dexado lugar á ésta ni á semejantes réplicas: es necesario hacerse cargo, que le basta extensión de una y otra Américas excede mucho al concepto ordinario que se hace de ella; porque allá las leguas se cuentan á millares, y los viajes de quinientas y de seiscientas leguas se reputan por ordinarios: de modo que el Arzobispo de Santa Fe del nuevo Reyno (sin hablar de sus tres Sufragáneos) comprehende un tanto más terreno del que ocupa toda la España. Por lo que mira frutas, frutos y animales extraordinarios, y de inauditas propiedades, vengo en que deben causar novedad y armonía su noticia; pero negarlos, ó porque no los hemos visto, ó porque no haya autor que escriba de ellos, fuera (á mi ver) vulgaridad exorbitante. En aquellos efectos, que por salir fuera del ordinario curso de los otros, llamamos milagro, ya de la gracia, ya de la naturaleza, como son recomendación viva del Supremo Criador de todo, quando en ellos no se hallare contradicción, repugnancia ni contrariedad, no hay razón para poner tasas ni límites á la Divina Omnipotencia, para que no los pueda producir: ni una vez zanjadas y comprendidas las señales de racional y prudente credibilidad en orden á su existencia, puede cabe el

negarla, porque de otro modo se volvieron totalmente inútiles las Historias (Gumilla, 1791:3-4)

En el capítulo IV, *Clima y temperamento del Orinoco, y alguna noticia de sus frutos*, hace una descripción detallada de los tipos de clima y la inclemencia de algunos de ellos sobre los cuerpos de las personas, utilizando para ellos expresiones que permanecen en el tiempo, como la que describe de los Páramos, dice:

En fin, los hombres que se encuentran Emparamados, tienen difuntos el aspecto de quien se ríe, retirados los labios y descubiertos los dientes, á causa de que el rigor del frio pasma y encoge los músculos, y con ellos ambos labios. Quien quisiere ver lata y curiosamente la causa filosófica de estos Páramos, sus efectos y otras cosas, curiosas, vea al Padre Joseph de Acosta de la Compañía de Jesús, al Ilustrísimo Piedrahita y otros (Gumilla, 1791: 55).

Destaca como una riqueza incomparable la variedad de climas que se pueden elegir para vivir, así como la variedad de frutos que de acuerdo al clima se puede dar:

...sin que en la tierra fría se dé ni arroz, tabaco, algodón, caña dulce, cacao, azúcar, plátanos. Papayas, piñas, naranjas, limones, nísperos, zapotes ni otras muchas y muy ricas frutas de la tierra caliente; y al contrario, en ésta no nace el trigo, no se dan manzanas ni fruto alguno de tierra fría, ni aquel calor permite cabañas de Ovejas, que se sofocan y mueren luego; y así, la misma diversidad de frutos es prueba evidente de la diversidad de temperamentos, existentes á un mismo tiempo, pero en distintos terrenos: de modo que toda la variedad de flores, frutas y frutos que produce España en todo el círculo regular de las quatro Estaciones del año, se halla á un mismo tiempo en los Trópicos de la América meridional en diferentes sitios, según la perpétua diferencia de los temperamentos, v. g. en tierra fría, el trigo y las hortalizas del Invierno: en tierra caliente, el arroz, maíz o panizo, ubas y lo demás que en Verano se da en Murcia, Valencia y Granada, y en fin, en

las tierras templadas se da de todo, y se ven siempre en los campos flores, frutas verdes y maduras; y lo que mas es, flores y frutas se ven juntas en el mismo árbol (Gumilla, 1791:57).

El uso de aceites y achote es reconocido como práctica común, hecha varias veces al día pues se renueva cada que se realiza alguna actividad en el día que les haya implicado perder esa distinción. Para ellos es como estar vestidos y por tanto si no están untados no salen de sus casas. En las fiestas de galas se adornan también con otras cosas en toda parte de su cuerpo, tanto hombres y mujeres usan incrustaciones de alhajas y cortes en algunas partes de su cuerpo como nariz y orejas, entre otras (Gumilla, 123-130). Pero lo interesante de resaltar es que esta condición de permanecer untados en forma ordinaria todos los días por lo menos dos veces al día, no solamente es una forma de estar “vestidos”, sino además les sirve:

...de arnés seguro contra los mosquitos, que abundan en tanto número de especies, como después diré; no solo no les pueden picar los mosquitos, sino que mueren, sin poderse despegar de la tal untura. Fuera de esto como el Achote es muy frío de suyo, aquella untura los alivia mucho contra los rayos del Sol y calor casi intolerable, y aunque después de bautizados se visten pobremente, ayudándoles para ellos los Misioneros, no puede ser sino á fuerza de tiempo; y entonces, para trabajar ó bogar, piden licencia para untarse por las dos utilidades que llevo referidas (Gumilla, 1791:130).

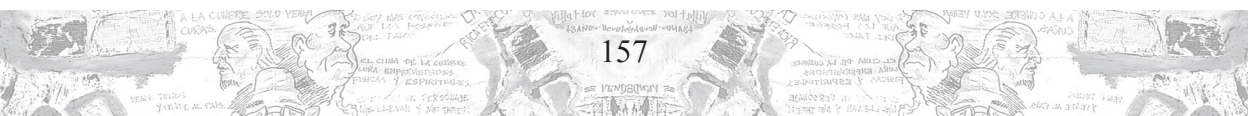
El capítulo IX, presenta una palma singular de estas tierras del Orinoco, llamada *Muriche* que provee de todo a los Guaraúnos, como el suelo de sus casas, los tejados, las sogas, los amarres y cordeles, las redes o los chinchorros en que duermen pues sacan unas entretelas de las hojas de las mismas palmas. También fabrican sus canastos y abánicos para soplar el fuego y protegerse de los mosquitos. Pero lo más admirable todavía es que sacan de esas palmas “vino, pan y vianda” y explica el proceso para hacerlo, pues una vez derribada la palma sobre agua y maleza:

...le abren un socabon en el mismo cogollo tierno, y otro de allí para abaxo, tan largo, quanto es de larga la palma; pero sin dexarle resquicio por donde el licor, que va dando todo el interior de ella se pierda ni una gota... luego que están formadas aquellas concavidades, que llaman Canoas, empiezan las palmas á manar y fluir de su interior un licor albugíneo con notable abundancia; el que fluyó hoy, se guarda en vasijas, que tienen prevenidas, al anoher; y así van recogiendo aquel mosto todos los días, hasta que la alma no tiene más jugo que dar de sí. El primero y el segundo día, después de recogido el tal mosto, es sabroso, y tira á dulce: de allí en adelante va cobrando punto fuerte, y se alegran y embriagan con él largamente, hasta que se avinagra, y entonces les sirve de sainete para sus guisados, ya de pescado, ya e lo que voy á decir: y es, que en aquellas concavidades de donde han ido extrayendo el vino ó mosto, se crían al mismo tiempo y muchos días después, hasta que no le queda á la palma gota alguna de jugo, gran multitud de gusanos blancos, del tamaño del dedo pulgar, que no son otra cosas que una maceta viva; y quitado el áasco natural, que causa tal potage, es vianda muy sabrosa y muy substancial (Gumilla, 1791:148-149).

Se refiere a lo saludable, ya que una vez que se prueba se quiere comer mucho por lo exquisito, situación similar a la que ocurre con los quesos de Flandes. Explica luego el modo cómo se logra fabricar este “manjar” en el interior de la palma (Gumilla, 1791:149-150). Del mismo modo, explica lo que se hace con las frutas de esas mismas palmas con las que se logran bebidas gustosas y saludables.

En estas descripciones entremezcla analogías propias del lenguaje o de la historia bíblica comparando estas palmas con el maná de los hebreos y de lo que representa el Maguey para las comunidades de la Nueva-España, o el Coco en Filipinas y otra serie de bondades que la naturaleza ofrece para vivir a sus gentes (Gumilla, 1791:152-153).

Después, en los capítulos siguientes, hace las descripciones de los entierros y funerales con ritos de llanto y expresiones de dolor intenso



que contrastan con la situación “desamparada” de los enfermos, pues además de no estar bajo el cuidado de nadie, tampoco ellos, los enfermos, manifiestan su necesidad, sino que se quedan inmóviles esperando la muerte. El único que habla es el Piache que actúa como el médico, pero según el texto del padre J. Gumilla, éste sólo está presente si hay pago, el cual recibe independiente de si el enfermo vive o muere. El Piache tiene toda la autoridad para mandar a la familia a hacer cambios en sus hábitos alimenticios indicando que ninguno de la familia puede comer lo que les gusta y el primero de sus rituales solía ser prohibir el alimento es gritar y gritar para no dejar dormir ni al enfermo ni a la familia porque, de acuerdo con ellos, están hablando con el demonio, como es el caso de los piaches Aruacas.

Los piaches Otomacos echan agua fría incesantemente sobre los enfermos, y con eso mueren mas aprisa: los Guaybas y Chiricoas son sumergidos en barro fresco ó en el agua, con sola la cabeza fuera, para que se le quite la calentura; y aunque los hallan muertos de ordinario, quando van á sacarlos, no escarmientan; y á este tono son su desatinados remedios, muy proporcionados á su caletre (Gumilla, 1791:210).

En medio de una naturaleza agreste de bosques y selvas hay una especie como es la de los micos o monos, pequeños o grandes que se alimentan de frutas silvestres, “sanas y sabrosas”, de las cuales los “indios” y los misioneros, luego de observar que son alimento para éstos, es consumida por ellos sin temor, destacándose la Mutuculicú que es la reina de las frutas silvestres y que por su exquisito sabor es llamada por los españoles “leche y miel”. También se destacan otras frutas, pero no de árboles, sino de palmitas como la Mararabes, de palmas más grandes como los Cubarros y de unas palmas silvestres llamadas Veserris y Cunamas. Por el suelo se encuentran variedades de piña, donde se destacan las Piñuelas, reconocidas por su suavidad, sabor y tamaño. A lado de los árboles nacen todo el tiempo hongos que se llaman Osobá (Gumilla, 1791:261- 262).



Plantas que curan. Algunas descripciones

Ahora bien, realizadas estas descripciones, unas textualmente tomadas, otras en estructura de referencia, vamos a dar paso a la descripción más importante, de acuerdo al interés particular de esta investigación, como es el uso de las plantas medicinales. A lo que el padre Gumilla dice hay un gran tesoro escondido para las personas inteligentes y se vale de una experiencia personal para describirlo en los siguientes términos:

...á mí me ha sucedido muchas veces quedarme absorto en medio de aquellos bosques, y embargado el movimiento de una tal fragancia y suavidad de olores exquisitos, que no hallo con que explicarme. Preguntaba entonces á los Indios compañeros, ¿de dónde salía aquel bellissimo olor? Y la respuesta era: ¿Odi já, Babí? ¿Quién sabe, padre? Para mí es indubitable, que hay entre aquellas vastas arboledas resinas, aromas, flores, hojas y raíces de grande aprecio, y que serán muy útiles á la botánica, quando el tiempo las descubra; ahora apuntaré lo poco que se le ha descubierto, que creo muy útil al bien público (Gumilla, 1791:267).

Sigue haciendo una descripción de los arboles grandes como el Cunasiri, el Cedro blanco que en su interior se encuentra una resina con un olor suave parecido al incienso. Son árboles que abundan en estos territorios. Al igual que el palo de Anime que con la resina que brota cuando es cortada y su olor sirve para aliviar el dolor de cabeza. Ahora cuando este dolor de cabeza es por frío se ponen dos parches detrás de las orejas y pronto se siente el alivio. Luego, esa resina que es blanca se va volviendo amarilla que se usa como remedio para otros tipo de enfermedades, pero que el padre Gumilla no describe (Gumilla, 1791:269). A pesar de producir tres frutas ese árbol no se debe comer porque es muy fuerte y genera hinchazón, ampollas y grietas en los labios por un tiempo.

Otro árbol importante es el que da el Otova (Otina) que es descrita como una avellana blanca, que no es una resina ni goma y que se encuentra dentro de las flores de esos árboles y tiene como característica que:

...es tan blanda como la mantequilla: hacen bolas de á libra... la buscan para remedio de sarnas tiñas y otros males: especialmente es un admirable preservativo contrala Niguas. Piques ó Pulgas imperceptibles, que se entran hasta la carne viva. Es gran confortativo para el estómago: con una pelotilla del tamaño de una avellana, tomada, y dos sorbos de agua tibia encima, se quita el dolor de estómago: tomadas tres ó quatro pelotillas del mismo tamaño, fomentadas con agua tibia, sirve de purga. El olor de esta Otova es fastidioso, y tan fácil ella para derretirse, que tomándola entre los dedos con solo el calor natural, se reduce á aceyte; creo que el tiempo irá descubriendo muchas virtudes es esta Otova (Gumilla, 1791:270-271).

Un árbol medicinal es el Currucay que tiene una goma muy parecida en sus características al Anime, pero por ser muy cálida con tan sólo un poco “quita la frialdad que se introduce en las descoyuntaduras de huesos, y en los pasmos; lo que yo tengo experimentado es, que puesta una vizma de Currucay sobre los empeynes, después de bien estregados, los quita enteramente sin ser necesario repetir el remedio” (Gumilla, 1791:271).

Se habla de la resina caraña o de la nuez moscada pero se ignora el uso medicinal pues las sacan los mismos indígenas pero no se sabe de dónde ni cómo la consiguen (Gumilla, 1791:271). Y un aspecto que es interesante como punto de reflexión para los investigadores, por lo menos, los dedicados al estudio de la naturaleza, pues presenta los datos observados pero en forma de referencia, porque desconoce los efectos medicinales en forma directa:

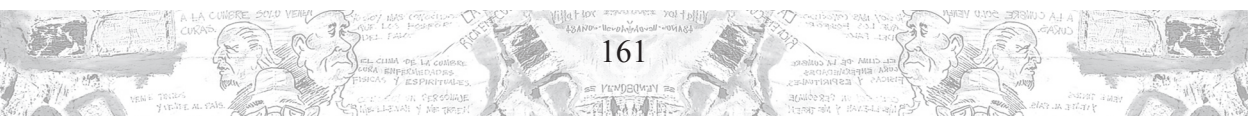
La resina rara, que todavía no se sabe de dónde la sacan los Indios Guaybas, Tunebos y Chiricoas, es la que ellos llaman Mara: es de color encendido; no tiene mal olor, aunque es singular é intenso: yo no sé qué conexión tiene

que ver con los Venados, que van en pos del que tiene Mara. El uso de los Indios dichos es éste: en viendo algunos Venados, se untan el pecho y algo de los brazos con Mara: observan por dónde sopla el viento, y puestos allá, coge cada uno una rama para cubrir su cara, y llevan los arcos y flechas: luego que los Venados perciben el olor de la Mara, van en su busca muy levantadas sus cabezas, y embobados; con lo qual los Indios los flechan á su salvo: secreto es el de la Mara, digno de inquirirse (Gumilla, 1791:271-272).

Este aspecto que se infiere en el texto, respeto por la fuente, al tiempo que toma distancia de la misma es importante porque hoy se experimenta una crisis de confianza en la investigación en todos los niveles, y por el contrario, esta forma de presentar en sentido indirecto asegura que es fruto de una experiencia en sus relatos cronistas y advierten una validación primera, que en el caso de muchos temas puede ser irrelevante, pero no así para el asunto de la medicina natural.

Sigue con el árbol llamado Merey o Caracolí que con su corteza hervida en agua controla las hemorragias. Su fruta se fermenta y se cocina y toma un sabor de vino. Ahora, su semilla o “pepita” cruda o tostada sirve como “caústico” “para abrir una fuente, ó levantar vegigatorio quando conviene” (Gumilla, 1791:272). También se encuentra la Zarza en la cercanía de los ríos Chirem, Tate y Punapúna, que se usa contra el mal gálico o sífilis como se le conoce comúnmente. Cerca de los nevados y los páramos se encuentra la raíz china para muchas enfermedades, pero en especial sirve para adelgazar y mejorar la figura y el color del cuerpo (Gumilla, 1791:272-273).

El polipodio, una especie de helecho frondoso, nace de los troncos de las palmas, es llamado por los Betoyes, Sorroy umucosó, que traduce Brazo de Mono y que por su forma guarda agua en la raíz, la cual es usada contra la “tiricia” conocida por los síntomas de desgano e inapetencia.



Otro de los usos es echar sus raíces en leña ardiendo y de ahí sale carbón con sal que se usa para las comidas.

Describe el padre J. Gumilla una pepita que no tiene nombre pero que es una almendra que tiene un olor de canela y un sabor picante, usada para el chocolate, pero su mayor propiedad es ser medicinal, sin decir para qué enfermedades se suele utilizar. Luego, hace una descripción de un árbol pequeño que tiene racimos de frutillas muy parecidos a los frijoles pero que es picante y aromática, y es llamada árbol del burro y una de sus grandes propiedades es para evitar la muerte por picadura de serpientes. Para cicatrizar ese tipo de heridas se usa la savia del árbol Drago que es de color rojo y por eso se le llama sangre de Drago.

Los cañafistulos también abundan y se usan como laxante y para todo problema digestivo cuando se toman sus hojas como bebida en agua caliente, y cuando las raíces son maceradas en alcohol sirve para infecciones de piel. Su fruto cuando está seco se “machaca” y se vuelve polvo y ayuda a los estados de anemia pues permite la asimilación de hierro la producción de hemoglobina.

Por último, se presenta el último relato de un árbol y de su aceite, así como el interés de los extranjeros por tener ese aceite y motivar a los nativos a extraer todo lo que más puedan de ese árbol llamado Cabima por los nativos y palo de aceite por parte de los extranjeros. Se trata de un árbol que en su tronco una vez se extrae su resina se distingue tres aceites muy diferentes aparentemente, “pero muy uniformes en sus efectos”, la diferencia depende de la primera, segunda o tercera fase de recolección del aceite que sale de un tumor que se forma en su tronco, el cual es picado para que salgan esos aceites que se convierten en un bálsamo que sirve como laxante digestivo, contra la cistitis y para sanar heridas, en especial

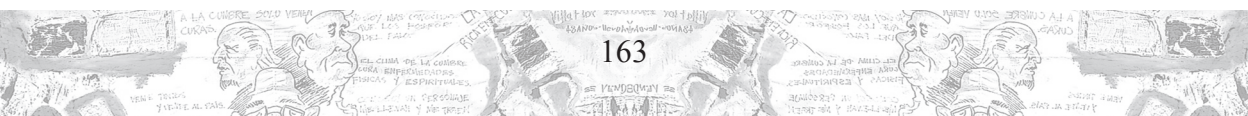
la enfermedad venérea de la gonococia masculina y femenina. También se usa para enfermedades respiratorias como la bronquitis crónica. Su poder medicinal es tan apreciado, que dice el padre J. Gumilla:

La codicia que tienen los holandeses de comparar estos aceytes de mano de los Caribes, es la causa principal de su amistad, y de los daños que han padecido y padecen nuestras Misiones: y el anhelo con que el buscan los Extranjeros, es prueba eficaz de las grandes virtudes que en dicho aceyte han reconocido (Gumilla, 1791:277).

En el capítulo XXIV, titulado *Fertilidad y frutos preciosos*, se ofrece el terreno del río Orinoco y el de sus vertientes, se resalta el cacao silvestre por la cantidad y la calidad del fruto así como la canela que es de una calidad tan buena como la que se encuentra en Samboangán de las Islas Filipinas y que desafortunadamente para el interés de España no es valorada por los Reyes, de modo que el comercio en Europa lo tienen los holandeses. Del mismo modo, destaca la caña de azúcar, el tabaco, el café, la “baynilla” –entre otras plantas– y la facilidad con que se cultivan (Gumilla, 1791:319-324).

Como su mirada es de un español, apela a llamar la atención de éstos que se encuentran en tierra europea para que aprovechen esa tierra como oportunidad para usarla en sus propósitos de riqueza no solo para la Monarquía, sino para ellos mismos como pobres. Dice:

junta aquella (se refiere a la fertilidad de los valles y riberas del río Orinoco) con la exorbitante abundancia de peces y tortugas de dicho río, aceytes, resinas y aromas, y los frutos u frutas propias del País: todo este conjunto mudamente clama, y ofrece desentrañarse para sustentar á muchos pobres, que no tienen en España ni un palmo de tierra de que mantenerse, y les promete abundantes cosechas, en recompensa del cultivo que recibiere (Gumilla, 1791:327).



Las referencias en las descripciones al personaje bíblico de Noé, de J. Gumilla, como la de Fray Alonso Zamora (1701) llevaban a pensar en una nueva botánica como principio regenerador del universo. El crecer de la flora era para los cronistas un buen ejemplo de los secretos guardados por Dios. Esto es lo que nunca supo J. Gumilla de dónde sacaban “la mara” los Tunebos pero que generaba admiración y reverencia. Similar a la de Basilio Vicente de Oviedo, quien después de observar que un negro se hirió en un pie con un hacha y de tener mucho dolor puso su pie en el tronco de un árbol e inmediatamente dejaba de salir la sangre, por lo que se ató una astilla de aquel árbol al pie herido y no sólo se estancó la sangre, sino que se sanó sin necesidad de otro remedio (Cabarcas, 1994:159).

Como parte de la demostración del paraíso terrenal, señala H. Cabarcas de la descripción de Antonio de León Pinelo, un árbol distinto a la higuera que tiene las características para ser el árbol de la culpa. Otros dicen que no es la higuera, sino el pomo, en el cual incluyen peras, manzanas, granadillas, que son redondas cuando crecen, y por ejemplo el caso de la granadilla cumple todas las características de ser tentación para Eva pues es gustosa y llamativa (cáscara tersa y relumbrante) (Cabarcas, 1994:160-161).

Otra fruta muy gustosa pero no provocadora a Eva es el aguacate, que Juan de Castellanos describe como una fruta sin olor y que tiene una sola pepita un poco más pequeña que el huevo de una gallina, y que proviene de un árbol alto de pocas hojas (Cabarcas, 1994:162). Otro tanto lo ocupa la papa reconocida como fruta y como alimento para comerse cocida o asada y tiene buen sabor y calidad (Cabarcas, 1994:165).

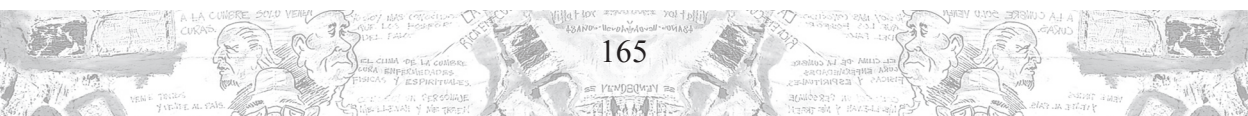
Toda fruta gustosa es propuesta como “manjar blanco” y se reconoce como la reina de las frutas; por eso, para unos es el chirimoyo, como para Fray Juan de Santa Gertrudis; para otros, como Juan de Castellanos es la

guama, para José de Acosta le da ese reconocimiento a las almendras de Chachapoyas (Cabarcas, 1994:163-164).

Esas formas, aparentemente ingenuas, de interrelacionar una cosmovisión española y cristiana con la de los indígenas mediante la introducción de analogías bíblicas no sólo tenían la función de adoctrinamiento, sino de extirpación. Es decir, estas crónicas de las especies de plantas y frutas no sólo son de admiración, sino representación en cuanto están asociadas al imaginario religioso cristiano de un Dios creador de todo para el beneficio de los seres humanos, que al mismo tiempo suprime la concepción sagrada de la naturaleza de los indígenas.

Las crónicas de los misioneros sobre las apreciaciones de los símbolos y ritos de los indígenas son en su mayoría asimiladas a obras del *Demonio*, por eso se justifica su profanación y se le asigna poder maligno de brujería (Llanos Vargas, 2007:102), sin embargo, hubo también apreciaciones positivas sobre la maravilla de la naturaleza valorando la exuberancia de la flora y la fauna desconocida como una creación literaria donde se diluye la objetividad y la visión fantástica. Así, el profesor Llanos Vargas nos presenta la siguiente narración sucedida en el convento de Santa Rosa (Caquetá) que presenta Santa Gertrudis en la obra “Maravillas de la Naturaleza”:

Había un convento, criado y muy manso, un toche de los de pinta negra y amarilla, como noté Cap. 3. Este pajarito es el sabe coser. El muy cantor y debía ser hembra porque de continuo estaba componiendo nidos. Pero como no tenía compañero, no procreaba. Esta especie de que sabía coser nos suministraron en santa Rosa, y yo deseaba saber el cómo. Y a pocos días no hubieron de lavar la ropa, y la tendieron para secar al sol. El toche apenas vio ropa tendida, cuando se fue al monte y volvió trayendo una paja, que tendría 3 varas de largo, y en una túnica de las que estaban tendidas al sol, le pasó la paja y la volvió a pasar tantas veces, que toda la rolló, y



la hizo un lío entre cosida de paja. Estando él en esta faena nos lo hizo reparar una india que vivían en la cocina. Nosotros lo estábamos viendo con admiración, hasta que hubo ya acabado el lío. Fueron y trujeron la túnica, y estuvo tan pasada y traspasada, que fue menester largo rato a destrabarla. Y para ver si había sido o no casualidad, el otro día volvimos a poner tendida de intento una túnica. El pajarito se fue y trajo otra paja semejante, e hizo lo mismo (Llanos Vargas, 2007: 104-105)

La quina

Tomando como referencia otros textos de tipo no cronista entre los cuales están archivos, taxonomías, documentos de historiadores sobre el conocimiento de la botánica y el uso medicinal de algunas plantas se resalta la quina o quinaquina, propiamente su corteza, que no dejó de ser un descubrimiento que se construyó con la fantasía de la mente conquistadora española pero que independiente de esos mitos mágicos de su origen y de los nombres dados como Chinchona o si ese poder curativo contra la fiebre de la corteza de un árbol específico sea el mismo que desde España describen los historiadores, el sólo hecho de que generará escritos y fuera objeto de polémicas ya es importante (Rodríguez, 1845). Es decir, a pesar de las variables contradictorias de su origen y de las características sus propiedades, exigen no poner la atención en estos puntos, pero si reconocer que no se trató de un simple conocimiento sino que hubo una atención especial por parte de los escritores y científicos europeos en la Nueva Granada o en Europa (Egido, 2004).

Precisamente lo que explica la importancia que tomó este “descubrimiento” es por la imagen y reconocimiento que tenían en Europa de estos siglos la orden de los jesuitas, pues ellos al tener más contacto con los nativos tomaron nota de sus usos y por ese motivo recogieron y pulverizaron la corteza y la enviaron a Roma, más exactamente donde el



cardenal español Juan de Lugo quien se encargó de hacer la divulgación de sus propiedades medicinales a mayor escala en especial para el uso de la fiebre y desde entonces es conocida como “la corteza de los jesuitas”, obviamente recibió otros apelativos de acuerdo a su consideración, por ejemplo para los protestantes se trataba no de un remedio sino de “Los polvos del diablo” por la rivalidad existente en materia doctrinal con los jesuitas y por lo que representaba que una medicina proveniente del mundo nuevo tuviera éxito en el viejo mundo, lo que suponía legitimar un descubrimiento de utilidad en la medicina (Nieto, 2000: 191). También está el nombre *Cinchona officinalis* o *Chinchona* por la leyenda que se hizo del uso de la corteza de quina que hiciera Francisca Fernández de Rivera, esposa del Conde de Chinchon el Virrey del Perú Luis Jerónimo Fernández, quien estaba aquejada de fiebre intensas y una vez recibió los polvos de la corteza de quina enviados por el corregidor del Perú pudo comprobar sus efectos sanadores y solicita el envío de más cantidad para curar a los pueblos aquejados por la fiebre, lo que supuso que también fuera llamada como los “polvos de la Condesa” (La Condamine, 1986; Nieto, 2000: 188).

Las polémicas con estos nuevos hallazgos medicinales estaban a la orden del día en esos tiempos en Europa porque significaba una alternativa de salud y un cuestionamiento a la medicina tradicional. Además estaba en desarrollo la irrupción de la iatroquímica que representaba en cierto modo otro cuestionamiento a las formas de comprender las enfermedades y los tratamientos médicos mediante sustancias químicas (Nieto, 2000: 191).⁵⁸

⁵⁸ Un análisis crítico respecto a este “descubrimiento” de la quina y su entretenerado origen y reconocimiento es el aporte del profesor Mauricio Nieto así como las fuentes bibliográficas y de archivo de su investigación están en el capítulo 4: “La condesa, los jesuitas, el cardenal, el demonio, Linneo y sus polvos” que también está en versión digital en <http://historiadelaciencia-mnieto.uniandes.edu.co/pdf/R4.pdf>



Así la “corteza de los jesuitas” es como se reconoce este nuevo conocimiento y la validación y registro en los documentos científicos de la época se dan por la confianza en esta comunidad y por el auditorio especializado que había creado en Europa y las redes de conocimiento que siempre han destacado a esta orden religiosa. El archivo de la Real botica de Madrid tiene un gran archivo de los estudios químicos realizados sobre la corteza y sobre la variedad de quina que se tenía, pues dada la fama que adquirió se enviaban a Europa diferentes especies (Nieto, 2000: 219). La labor de los farmacéutas era hacer los estudios químicos y una de esas conclusiones es que la quina de Nueva Granada es similar a la del Perú pero que la de Nueva Granada requiere mayor cantidad para que tenga los efectos para combatir la fiebre (Nieto, 2000: 222).

Para finalizar

Los cronistas de Indias estaban aferrados al deleite provocado por la hermosura y maravilla de la naturaleza. Sus relatos testifican con amplitud que verdaderamente estaban los españoles propensos a la fantasía y la locura, pues según Blanco Fombona, citado por H. Cabarcas:

los ricos frutos encantados producían a veces la misma sugestión que el oro en los conquistadores. La busca de un árbol maravilloso daba lugar también a aventuras caballerescas, en que se arriesgaban os compañeros para deshacer el encantamiento de un simple arbusto (Cabarcas, 1994: 147).

La riqueza simbólica alrededor de los árboles y las plantas es impresionante porque en ellos la vida crece en forma especial. C. Kappler cita de Odorico Pordenone un relato bellísimo en este sentido cuando habla de la distinción entre realidad y mito que opera en unas modalidades que no son fáciles de reconocer, en cuanto:

Una gran maravilla he oído contar y afirmar entre gentes dignas de fe, peo yo no la he visto. En el reino de Cadilio o Caloy hay unas montañas llamadas ‘Crispadas’ (o ‘Caspias’ del Caspio). Dicen que en esas montañas crecen unas frutas maravillosamente grandes. Cuando están maduras, se las abre y se encuentra en su interior una bestezuela viva, al modo de un pequeño cordero, y se comen esas frutas y esas bestezuelas. Muchas gentes no lo quieren creer, y sin embargo, esto es tan posible y tan creíble como las ocas que en Irlanda nacen en los árboles (Kappler, 1986:68).

Toda esta indagación documental histórica, en tierras neogranadinas por parte de los misioneros y cronistas jesuitas, constituye un fundamento y aporte en la investigación que nos ocupa, que indaga las relaciones entre el uso de las plantas medicinales, la cultura y la estética, especialmente porque abundan las prácticas sociales que entrecruzan saberes y conocimientos sobre plantas, generacionalmente y de manera diversa, reflejando las concepciones de cuerpo, enfermedad-salud, rituales de nacimiento y muerte, vida cotidiana y cosmovisión de la gente.

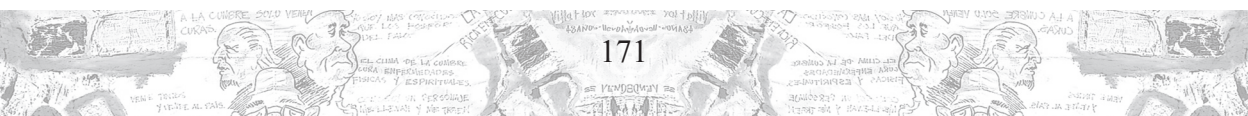
Las crónicas son una fuente directa que aporta elementos históricos de una época específica –y como dijimos antes– su importancia e interés investigativo va más allá de los datos recogidos, cuidadosamente registrados e ilustrados en los escritos de los jesuitas. No sólo reconocemos el valor de sus creaciones poéticas y literarias, sino que se aprende a identificar su relación con la cultura de su época y reconocer su vigencia en la cultura actual y en nuestras tradiciones. También nos abre a una cantidad de vetas interesantes para investigar cómo es la mentalidad mágica compartida entre los indígenas y el cristianismo misionero, que se integra a la fe doctrinal la percepción mágica de los poderes de las cosas y de la naturaleza, especialmente en relación con las curaciones.



Bibliografía

- Arellano, Fernando (1986) Una introducción a la Venezuela prehispánica, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
- Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos (2006^a). Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Bío-bibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial (1995). Universidad Católica del Táchira, san Cristóbal - Bogotá.
- Cabarcas, Hernando (1994). Bestiario de la Nueva Granada: la imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.
- Cassani, Joseph, Historia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada, Madrid.
- Catedráticos jesuitas de la Javeriana Colonial (2002). CEJA, Bogotá.
- Egido, Teofanes, (coord) (2004). Los jesuitas en España y en el mundo hispánico, Fundación Carolina -Centro de estudios hispánicos e Iberoamericanos, Madrid.
- Esteve Barba, Francisco (1965). Cultura virreinal, Salvat Editores, Barcelona- Madrid.
- Fajardo, José del Rey (1998). Una utopía sofocada: Reducciones jesuíticas en la Orinoquia, Universidad Católica del Táchira- Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
- Fajardo, Jose del Rey (2006). Biblioteca de escritores Jesuitas neogranadinos. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Fajardo, José del Rey (2006). Los jesuitas en Venezuela, Tomo I. Las Fuentes, Universidad Católica Andrés Bello- Pontificia Universidad Javeriana, Caracas- Bogotá.
- Gilij, Felipe Salvador (1965). Ensayo de Historia Americana, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 3 Vols.

- Gómez, Alberto; Bernal, Jaime (2008). *Scientia Xaveriana. Los jesuitas y el desarrollo de la ciencia en Colombia: siglo XVI-XX*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Gumilla, José (1791). *Historia natural, civil y geográfica de las naciones situadas en las riveras del río Orinoco*, Editorial en la imprenta de Carlos Gilbert y tuto, Barcelona.
- Jesuitas, libros y política en el Real Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé (2004). *Publicaciones Editores, Colombia*.
- Kappler, Claude (1986). *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal.
- Lee López, Alberto. “Gonzalo Bermúdez, Primer catedrático de la lengua general de los Chibchas”, En *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, 1, pp. 183-217.
- Le Goff, Jacques (1985). *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*, Barcelona, Gedisa.
- López García, Ángel, (1995). *Presentación de las lenguas y culturas Chibchas*, Valencia, Universitat de València.
- Los jesuitas en Cartagena de Indias, 1604-1767 (2004). *Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá*.
- Mercado, Pedro de (1757). *Historia de la Provincia de del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús*. Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá.
- Misiones jesuíticas en la Orinoquia, Tomo I, (1992). *Universidad del Táchira, Venezuela*.
- Nieto, Mauricio (2000). *Remedios para el imperio: historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- Pacheco, Juan Manuel (1953). “Los jesuitas de la Provincia del Nuevo reino de Granada expulsados en 1767”. En *Revista Ecclesiastica Xaveriana*. Bogotá, 3 pp. 23-78.



Precursores de la “Sociedad del Conocimiento” en la Javeriana Colonial (2010). Bogotá, El Buho

Rivero, Juan (1956). Historia de las misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta, Bogotá.

Rodríguez, Joaquín (1845). Los misterios de los jesuitas: obra original, tomo II, Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía, Madrid.

Sáez, José Luis. Los jesuitas en el Caribe insular de habla castellana 1575-1767. (1997). Revista Paramillo, N°16.

Zamora, Fray Alonso (1701). Historia de la provincia de san Antonio del Nuevo Reino de Granada, Barcelona, Joseph Llopis.